

FILOSOFÍA DEL TRABAJO

MEMORIA leída por el Excmo. Sr. D. Laureano Figuerola en la sesión de 24 de Setiembre de 1861

Las condiciones de existencia del hombre como ser físico y racional le imponen la ley general del trabajo, ó sea la actividad de sus facultades aplicadas á la invención de ideas y de cosas que le conduzcan á su conservación y desenvolvimiento. La falta de medios para acallar su hambre y sed, para cobijarse de la intemperie, para cubrir su desnudez, para calmar el dolor y alcanzar el placer, son necesidades tan apremiantes, tan notorias, tan evidentes como los dos términos que las encierran : la vida y la muerte. Ignoramos en qué consisten estos dos grandes fenómenos en sí mismos; pero nuestro organismo nos conduce á alejar el plazo del último, á prolongar cuanto es posible el primero. Los hechos que realizamos, instintivos en un principio, reflexivos después, impulsan nuestros miembros y nuestra inteligencia á apoderarnos, á hacer presa de cuanto nos rodea, justa ó injustamente, á fin de dar satisfacción á esas periódicas manifestaciones de restauración del individuo.

Si la naturaleza nos sonrío y en estación propicia nos convida con sazonados frutos y blanda temperatura, deslízanse las horas en ese estado de ociosidad ó de *no trabajo* en que vegetan los pueblos que habitan el trópico: sólo accidentalmente extienden su brazo para coger el fruto que les brinda, y cual las aves del cielo, que ni siembran ni cogen, toman lo que el Padre celestial les envía. Pero si el huracán ha barrido la tierra; si la inundación sepulta las llanuras y hay que refugiarse en

altos riscos, pobres de vegetación; si el hombre, en lucha con el hombre, devasta más que los elementos; entonces crece la tarea para procurarse medios de existencia, y el último grado de miseria, el *hambre*, conduce al trabajo más repugnante: a la antropofagia. ¡Tristísimo lote de la humanidad en su estado de mayor degradación y en la forma de civilización más adelantada: en estado salvaje y en el recinto de un buque náufrago!

Esta ley general de la humanidad después de su caída, concíbese que no es universal. Los libros sagrados y las tradiciones religiosas de todos los pueblos nos indican que pudo la humanidad haberse desenvuelto en una situación de perpetuo goce, en la cual fuese innecesario el trabajo; y la vida del Paraíso, que pudo ser el estado real y constante de la humanidad, ha se convertido en ideal á que todos aspiramos; pero entre tanto nuestra peregrinación en la tierra cambió de modo de ser, y el pan que comemos debe ser regado con el sudor de nuestro rostro.

Dada esta condición de existencia, la ley del trabajo es general en el tiempo y en el espacio. Las presentes, como las pasadas y futuras generaciones han desplegado su actividad, y la desplegarán allí donde asienten su morada en la tierra, por mayor ó menor tiempo, violenta ó pacíficamente, luchando entre sí ó avasallando la naturaleza, con estrechez ó con holgura; pero tornando una y otra vez á la tarea, cuando el resultado obtenido desaparece con la necesidad satisfecha.

Si el trabajo es un fenómeno constante, si es una realidad de todos los días y de todos los momentos, deberá aparecer como una verdad formal en nuestra inteligencia; si sus efectos se reproducen de un modo capaz de estudiarse en sí mismos, hecha abstracción de tiempos y lugares; si nos remontamos de los efectos á las causas que á él presiden, podemos estudiar lo que hay de verdad en ellas; podemos formular *leyes* ó principios que constituyan la *filosofía del trabajo* ó la rama del árbol de la ciencia que tenga por objeto el trabajo, rama florida y frondosa, aunque cultivada separadamente, pero conservando siempre el tipo del noble tronco que la dio origen.

Esta ciencia existe: sus hechos experimentales, antiguos tanto como el hombre, observados especulativamente, formaron cuerpo de doctrina bajo la denominación de *economía política*, de *riqueza de las naciones*, *ciencia de la riqueza*, etc., etc., expresando más bien el aspecto práctico y sensible, inmediatamente percibido, que el ideal teórico en su coordinación con las demás ciencias y en la exposición metódica de las verdades observadas.

La *economía política* vale tanto como decir etimológicamente ley de la casa aplicada á la ciudad ó sociedad. Esta etimología parecía dar extensión vastísima á un determinado orden de fenómenos, haciendo errar á los expositores y á los que desde otras esferas científicas ó humanas han creído que la nueva ciencia intentaba avasallar ó subordinar las demás. En verdad, al determinar los caracteres de la ciencia que así se apellidaba, circunscribiéronlos en grado sumo; pero revelábase al mismo tiempo lo ambicioso del título y el desacuerdo del nombre con la descripción que se intentara. La ley de la casa ó familia es una idea compleja que encierra varios órdenes de leyes correspondientes á los diversos fines humanos que debemos realizar, y en mayores proporciones crece, si se aplica á la agregación de familias que constituyen la ciudad.

Puede intitularse un libro *Riqueza de las naciones*, mas no una rama del saber humano, y aun cuando el ilustre filósofo de Glasgow no quisiera, sin duda, se hubiese dado tan limitada traducción á su pensamiento, que se concibe mejor con la palabra «*Prosperidad de las naciones*^x;» semejante denominación, aplicada al tratado científico más notable del siglo xvnr, ha influido de un modo extraordinario en extraviar el recto sentido, la comprensión y extensión verdadera del estudio que iba á emprenderse con gran provecho. La prosperidad de las naciones expresa una idea limitada, aunque menos materialista

1 *Wealthi of nations* intituló Smith su célebre obra, y tradujeron *Riqueza de las naciones*, cuando todo el libro envuelve la idea de prosperidad ú opulencia de las naciones.

que la de su riqueza; pero no debió olvidarse el elemento individual que cumple, sin estar adscrito al principio de nacionalidad, la ley del trabajo; ni el elemento colectivo, al llenar la misma condición de existencia, queda limitado á la nacionalidad, ni mucho menos acontece que una nación respecto á las demás realice un panteísmo práctico que impida la acción individual para con otros individuos de nacionalidad distinta. Funesto ha sido para el desenvolvimiento de la ciencia este error primario, cometido involuntariamente por rendir homenaje al ilustre autor de la teoría de los sentimientos.

Definióse luego *ciencia de la riqueza*, ó, como dijo J. B. Say, la ciencia que manifiesta cómo *se producen, distribuyen y consumen las riquezas*. El grave inconveniente de esta definición está en formar idea de lo que son riquezas, y por más que la explicación teórica dé á esta palabra una acepción lata, deja mucho que desear la voz cardinal de una definición que necesita ser muy explicada para ser claramente concebida. Cuando la Religión aconseja el desprecio de las riquezas; cuando se sabe «que es más difícil que se salve un rico, que el pasar un cable por el cuerpo de una aguja;» cuando los bienes de la tierra no son necesarios é inseparables compañeros de las virtudes, levántase, si no legítima, racional sospecha contra un estudio que aparece como la apoteosis del becerro de oro. Decid simplemente que vais á exponer los fenómenos constantes á que obedece el trabajo obligatorio para el hombre; el premio de sus fatigas si lo cumple; el suplicio á que se condena si se abisma en la ociosidad, y veréis trocada la sospecha en aplauso, y la moral y la Religión abrazando como hermana la doctrina que miraban como espúrea.

Ciencia del *interés personal* ha dicho que era el malogrado Bastiat en el segundo capítulo de sus admirables *Armonías*, en tanto que en los últimos no es ya el interés, sino el esplritualismo más trascendente el que le inspira. Y en verdad que el laconismo de tal frase pudiera conducir á creer que era la ciencia del egoísmo; pero luego escribió una fórmula, si no perfecta, de las más perfeccionadas: *Forma el dominio* de la economía

política *todo esfuerzo susceptible de satisfacer; con obligación de reciprocidad, las necesidades de una persona distinta del que lo ha hecho, y, en consecuencia, las necesidades y satisfacciones relativas á esta clase de esfuerzos.* Esta descripción conviene, más que ninguna otra anterior, á lo que debe constituir la esfera de nuestro estudio. No comprende la palabra *riqueza*, tan ocasionada á error, y predomina en ella el *esfuerzo*, es decir, el trabajo; pero está subordinado á la idea de reciprocidad, que, si bien es un aspecto importante de la cuestión, no la abarca toda. Excluye el trabajo personal, en la parte que satisface necesidades personales del que lo ha realizado sin miras ni esperanza de reciprocidad. Flaquea, por consiguiente, el concepto por su base, y la demostración nos la da el mismo Bastiat cuando en otro capítulo í demuestra que la evolución económica, reducida á los términos más simples, se cumpliría en un solo hombre, evocando al efecto la novela de la infancia: *Robinson*.

1 Cosa singular! Mientras que se elabora difícilmente la noción científica, contribuyen todos de un modo práctico á ponerla de relieve. Platón, en su diálogo de Sócrates y Adimantes, presenta en clarísimas frases la división del trabajo. Beccaria y Smith la reproducen, y con ella el filósofo de la escuela experimental escocesa da comienzo á su libro, demostrándola de una manera tan sencilla como elegante. Partieron del supuesto que el trabajo individual existía, que debíamos cumplir esta ley de nuestra vida, y, sin embargo, por no remontarse á esta base, apareció la ciencia como falta de estable fundamento. Dunoyer escribió su importante obra sobre la *libertad del trabajo*, y entró el estudio por senda más expedita, con más levantados fines y extensos horizontes. La *organización del trabajo* y las asociaciones para *defensa del trabajo nacional*, proclamadas por los que subordinan racional ó empíricamente este fenómeno á constituir la humanidad bajo formas preconcebidas, ó intentan exagerar uno de los aspectos de la cuestión, suprimiendo otros no menos importantes, son nuevos elementos contradic-

1 Capítulo VII, *Capital*.
IOMO v

torios que, sin embargo, conspiran á dar al trabajo la primacía que le corresponde, á buscar su causa eficiente, á deducir sus efectos constantes, y nos autorizan para poder hoy intitular nuestra obra *Filosofía del trabajo*.

No pasemos adelante sin eliminar una cuestión que debe conducirnos á importantes consecuencias. ¿Trabajan todos los seres de la creación, ó es el hombre el único condenado á tal fatiga? En la acepción más lata podemos admitir que trabaja todo lo que está dotado de vida y cumple los fines de la Providencia ; pero las leyes que inconscientemente practican todos los seres inferiores, les condenan á procurar su existencia conservándola perpetuamente del mismo modo, asimilándose el medio en que viven, mediante la destrucción de lo que les rodea y, por tanto, no elaboran. En el reino animal, á impulsos del instinto, preparan muchas, no todas las especies, la celdilla, el nido ó la cama donde ha de aparecer la nueva prole; pero á esto se limita la única trastormacion que hacen sufrir á la materia. Bajo el aspecto físico, sometido está el hombre á tal condición, porque de impulsos instintivos viene dotado; pero el trabajo distingüese del instinto en que la satisfacción de las necesidades varía con el curso de las generaciones, proporcionando más cómoda, más placentera forma de llenarlas á igual fatiga empleada, ó menos fatiga, menos esfuerzo para una forma de satisfacción más primitiva. De modo que trabajar no es simplemente hacer un esfuerzo para disminuir la pena y llegar á la satisfacción, sino que además es hacer cada día menor la cantidad de este esfuerzo para pasar de uno á otro estado, ó, en otros términos, el esfuerzo procura mayor cantidad de goces en intensidad ó en extensión.

Dedúcese de lo expuesto que el trabajo es un fenómeno esencialmente racional, que los órganos físicos, impulsados por el instinto, no producirían para la conservación del hombre ni más ni menos que lo que alcanzan los seres inferiores; pero la inteligencia, dirigiendo el organismo aun en la forma más elemental, cual la de arrojar una piedra para hacer caer el fruto que no se alcanza con la mano, es el don precioso de desarrollar

potencia ó de ahorrar fatiga, que distingue al hombre del bruto, y que le conduce sucesivamente á avasallar el mundo. Si el trabajo presupone inteligencia, más ó menos desarrollada, pero en ejercicio, quedan anuladas las estériles al par que prolongadas discusiones, calificando á clases enteras de la sociedad de trabajadoras, en oposición á otras motejadas de ociosas. Pueden existir individuos válidos que á costa de sus contemporáneos?, ó de lo que les legaron sus antepasados, se abismen en el goce de una pereza destructora; habrá tal vez una clase que, por preocupaciones sociales de diversa índole, vea retribuido espléndidamente un trabajo exiguo; pero esta no es ley permanente que altere el concierto de las que estudiamos; antes al contrario, es excepción lastimosa que, poniéndose de relieve cuanto más se aparta y degenera de la razón de ser que la haya producido, mayor es el empuje con que se acude á destruirla.

Cuanto acabamos de exponer nos permite fijar los límites, la comprensión de la idea que tenemos formada de la FILOSOFÍA DEL TRABAJO. Será ésta la *ciencia de las leyes que presiden á las relaciones del hombre y de la humanidad para procurarse los medios de existencia, con el menor esfuerzo posible.*

Sin que nos ciegue el amor propio, sin lisonjearnos de haber alcanzado la meta adonde se dirigen eminentes escritores, creemos que al presentar bajo un orden sistemático los estudios y las profundas observaciones que en materias especiales contienen las obras de economía política, satisface esta definición á lo que debe ser en nuestros días. El sujeto de esta ciencia es el hombre en relación con los seres que le rodean. Las relaciones tienen un fin que constantemente ha de cumplir, á saber: proveer á su conservación y desenvolvimiento. Este fin, bajo el lado ó aspecto condicional que nos ocupa, es el de los esfuerzos que se ve obligado á hacer con su espíritu y su cuerpo para conseguir con la menor fatiga la consecución de lo que se propone. Luego como *objeto* ó materia científica, toda la colección de fenómenos constantes, principios ó leyes que conozcamos formando serie especial, serán patrimonio peculiar de la

filosofía del trabajo. Pero tales leyes pueden observarse rudimentalmente en el individuo relacionado con la materia, ó extensamente en los individuos relacionados con la misma y unos con otros entre sí, proveyéndose de medios que aisladamente les costaría mayor esfuerzo alcanzar, ó acaso tuvieran imposibilidad de gozarlos: de aquí la necesidad que la definición comprenda ambos términos del problema. Finalmente decimos *medios de existencia*, frase que consideramos expresar en cada época y estado social una idea más exacta que la riqueza, y redondeamos el pensamiento con otra frase esencial para que esta ciencia tenga el sello peculiar que debe distinguirla de cualquier otra: la del esfuerzo cada vez menor para conseguir el resultado apetecido.

Si la determinación de los límites de la ciencia es exacto bajo la fórmula que acabamos de exponer, fácil será señalar la extensión de su alcance. Si hemos conseguido fijar la fisonomía particular que la distingue de las demás ciencias, es indudable que percibiremos perfectamente el aspecto bajo el cual todos los fines humanos pueden ser examinados y considerados desde el punto de vista especial de la filosofía del trabajo, ó sea el lado condicional del *esfuerzo* requerido cada vez en menor escala para la consecución del objeto científico ó humano que cada uno intenta obtener en concreto.

El que más lejano y apartado se ha creído es la Religión ó el fin religioso; hasta se hubiera considerado como una profanación abarcarla, aunque parcialmente, en la ciencia que se llamaba de las riquezas. Sin embargo, aceptada nuestra definición, nadie se atreverá á suponer rebajado el concepto de esta institución altísima, porque en aquella parte que tiene de común con todo lo humano, y que es objeto de un estudio especial, sean explicados por la ciencia que verifica tal estudio, todos los fenómenos que, sin constituir la esencia de la idea religiosa, son indispensables para su realización. La Iglesia *militante*, como á tal, tiene que trabajar, hacer esfuerzos, que si bien son inspirados por una causa superior y completamente ajena á la esfera de la filosofía del trabajo, en calidad de esfuerzos, caen bajo su

jurisdicción y no pueden tener explicación diversa de cualesquiera otros aplicados á la consecución de fines distintos. El cristianismo desde un principio *revela* esta verdad, castigando la herejía de Simón el Mago, que creyó vender y comprar los Sacramentos. Fijóse desde luego la doctrina de que el Sacramento no era objeto de cambio ni de precio; lo que se pagaba como limosna, honorario ó precio, era el trabajo de administrarlo la persona al efecto competente. Tuvo la Iglesia, como asociación, *ecónomos* que cuidaran de recoger y distribuir los medios de existencia que la asociación con mayor ó menor fatiga se procuraba, y establecióse después, como regla cierta y ajustada a la ley del trabajo, que no podía haber *oficia* sin *beneficio*, porque es justo que el *sacerdote viva del altar*. Véase, pues, cuan perfecta armonía y correlación guarda esta doctrina con la que establecemos.

Escaso raciocinio se requiere para explicar los puntos de contacto que tiene la ciencia del trabajo con la institución del Estado, pues por desgracia anda tan barajada y revuelta una con otra idea en la teoría y en la práctica, que acontece en esta esfera un fenómeno opuesto al observado bajo el aspecto religioso. Hay autores de tratados económicos, que propagan errada doctrina, suponiendo que la administración pública y la económica son una misma ciencia¹; haylos que sólo suponen posible la acertada aplicación de las doctrinas económicas bajo determinadas formas de gobierno, y sacan otros por consecuencia, y en son de hostilidad y contradicción de tales premisas, que la economía política no tiene principios fijos, ó que es un plagio de los del derecho, mal encubiertos con nuevas y galanas frases. Por otra parte, los actos administrativos del gobierno de cada nación, constituyen, para la historia externa de la ciencia que nos ocupa, el caudal más precioso de datos con que estudiar los errores de la humanidad, y la forma sucesiva como va llegando á la verdad en la larga serie de las edades, por dolo-

1 Muchos autores alemanes no abandonan todavía esta fatal tendencia

rosos experimentos, tanteos y ensayos. Ciertamente es que las nacionalidades y los gobiernos que las representan, como personas morales tienen un fin que realizar, fin que pone en actividad sus facultades para llevar á cabo las funciones del organismo político. Basta formar claro concepto de esas funciones, y de la variada manera de llenarlas según los tiempos y grado de civilización de cada pueblo, para no confundir el resultado que se busca al realizar el derecho, con el esfuerzo que se estudia en todo el aparato administrativo y la retribución que merece. Debe también tenerse en cuenta que el Estado, puesto que forma asociación, ha de contar con medios de existencia, y son por lo común tan imperiosos y absorbentes los que pone en juego para conservarse, que perturba y altera las nociones elementales del trabajo individual y colectivo.

La especulación científica y la práctica parlamentaria tienen más tarea impuesta para conseguir la separación de la ciencia del trabajo de la de la administración, que en explicar la conexión entre ellas existente bajo la condición común que forma el objeto peculiar de la primera.

Si no redundante, por lo menos ocioso, parece explicar los puntos de contacto que tiene nuestro estudio con el fin industrial. Sin embargo, hay que trazar también la órbita que cada uno recorre y su relación inmediata. Así como la dignidad de la idea religiosa se creía comprometida por someterla bajo un solo aspecto al objetivo del telescopio económico, y mientras queda mucho que hacer para desarraigar la vulgarizada creencia de que el fin del Estado y el fin económico se confunden, los que realizan el fin industrial bajo el concepto *de productores*, achacan á la economía política lo errado, lo infecundo, cuando no lo funesto de sus soluciones, lo inmenso de sus generalizaciones, lo nebuloso de sus teorías nunca en la práctica realizadas. Esta acusación, reiteradamente lanzada, tiene por base un error fundamental que también es necesario desvanecer. La ciencia del trabajo quieren que se encarne tan íntimamente con cada una de sus formas, que, según su decir, debe dar la explicación del número de vueltas de una rueda, un huso ó una lanzade -

ra, por ejemplo..., ó, de lo contrario, la califican de pedantesca, maltusiana, sin entrañas y estéril; es decir, quieren que invada el campo de la mecánica, de la química, de la tecnología, cuando no trata ni puede tratar *de cómo se hace cada cosa* en la infinita variedad de objetos que la civilización requiere, sino que se propone el estudio de aquellos fenómenos, que, siendo comunes (no especiales) á todas las formas de trabajo, pueden generalizarse, y por inducción expresarlos como fórmulas constantes. Sobre la pericia individual, sobre las reglas peculiares á cada industria, ha de haber y hay reglas que convienen á todas, y estas reglas superiores á intereses contrapuestos, que ponen de acuerdo lo que aisladamente es contradictorio y egoísta, son las únicas que comprende la *filosofía del trabajo*.

Con injusto desden se apartaba la ciencia de la riqueza del fin científico y estético, cual si no buscara la verdad en la forma más bella posible. Decían los expositores del pasado siglo y algunos del presente que el *sabio* no producía y era el artista cual planta parásita considerado. Mas^luégo observaron lo menguado de semejante idea, y á su vez los sabios y los artistas repudiaron la calificación de industriales que merecen en la comprensión del campo económico. Tan infundado es el querer sustraerse las *profesiones liberales* y las *nobles artes*, así llamadas, á las prescripciones generales del trabajo, como el calificar de estéril su actividad aplicada concretamente á la consecución del ideal, en la esfera de la conciencia ó en las formas plásticas del arte. Sin ciencia no sería posible el trabajo, puesto que estaríamos eternamente condenados á satisfacer nuestras necesidades dentro del límite del instinto ó de la rutina. Sin la noción de la belleza, al pasar de la necesidad á la satisfacción, carecería ésta de su atributo más esencial; pero también es indudable que para alcanzar la verdad y la belleza, debe el hombre entregarse á inmensas lucubraciones que conducen á la inspiración en un momento dado. Ese momento exige laboriosas meditaciones, amargas experiencias, ensayos dolorosos que se traducen en esfuerzos, no siempre coronados de éxito lisonjero. Si en nuestros días aparecen en mayor número obras de ciencia y arte,

es que la suma de saber de anteriores siglos, acumulada por medios de propagación antes ignorados, permiten la adquisición y comunicación de estos nobles intentos de la humanidad de un modo apenas concebible por las pasadas generaciones. Reconocida la exactitud de estas sencillas verdades, es evidente que los esfuerzos del sabio y el artista, sin invasión del círculo en que respectivamente giran, pueden y deben sufrir la influencia de la ciencia del trabajo, cuyas leyes no menguan su excelsitud, antes dan solución satisfactoria á la legitimidad de la remuneración que exigen por sus incontestables servicios.

Con lo expuesto creemos haber demostrado la naturaleza del estudio que emprendemos, sus límites naturales y las relaciones estrechas que íntimamente le unen con todos los fines humanos; el lugar que le corresponde en la ciencia, y la perfecta igualdad de nivel que con ellos guarda sin invadirlos, subordinarlos ni mucho menos despojarlos de sus peculiares condiciones, para presentarse ataviada con ajenas vestiduras.— LAUREANO FIGUEROLA.